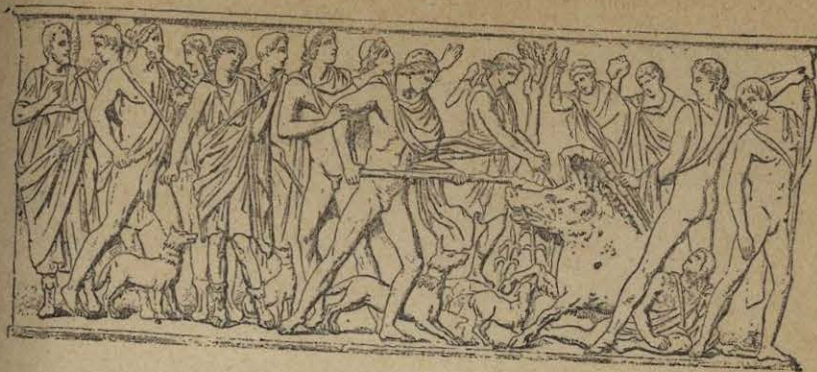


estatua. Me admirarán como á un dios. Se convencerán de que compito por mi voz con Apolo y por mi tañer con Orfeo. Verán que no sólo tienen el primero de los césares en mí, sino que tienen también el primero de los poetas y el primero de los músicos. Y así dominaré á Roma, hecho el mundo un gran escenario, la humanidad un gran público, el trono un tablado, el César un actor, la vida común y vulgar una epopeya. Tigelino, habrán de aplaudirme, á más de obedecerme.

—Hágase—dijole Tigelino—tu omnímada voluntad.



CAPITULO XVII

EL ARTISTA EN EJERCICIO

Nerón puso por obra todo cuanto meditara desde la muerte de Agripina y todo cuanto dijera en sus habituales conversaciones y diálogos: completar la paz del mundo con la religión del arte; y como censor, pontífice, cónsul, tribuno supremo, aparecer ante los ojos del mundo supremo artista. No había ningún magistrado sobre sus magistraturas; imposible hubiese ningún poeta sobre su poesía. Nadie estaba como él de autorizado ante los altares de los dioses, por sumo sacerdote del culto pagano, y nadie tampoco debía estarlo ante los altares de las musas. Llevaba en sus manos sin fatigarse cosa tan pesada como un cetro; bien podía llevar cosa tan ligera como una cítara. La corona de laurel cuadraba mejor á sus sienes que la corona de oro. Un teatro le honraba y enaltecía más que un trono. Así figurábase la vida como una tragedia, el mundo como un escenario, su corte como una compañía de cómicos, su mayor título al imperio el carácter de actor primero y músico y poeta y épico y cochero y farsante. Así, descuidando por completo la gobernación del mundo, que á su antojo y capricho marchaba, consumió el tiempo de su vida en continuados ensayos de obras, la mayor parte por él improvisadas y otras por sus cofrades y compañeros cedidas. Como esto á muchas gentes sorprendiera y escandalizara, Nerón comenzó la carrera que se proponía emprender, en recatadísimas pruebas, las cuales ensayaba dentro de

corto espacio ante un público privilegiado y en la colina vaticana, algo lejos del Palatino y del Foro, donde se concentraban los representantes mayores y primeros de la ciudad y del imperio. Pero la curiosidad pública por un lado, que deseaba ver á su César en el teatro como lo veía en el Trono, junta con los anhelos y ansias de Nerón por presentarse á los aplausos del pueblo, impelíanle cada vez más á una pública representación de sus virtudes artísticas y de sus experiencias teatrales, como inspirado por las musas y experto á causa de los continuos ejercicios. Los menosprecios sentidos hacia todos los opresos por todos los opresores, diéronle una idea tal de sí mismo, que no se creía emperador cuando imperaba, sino trágico representando papel de monarca en un tablado; ni amante cuando enamoraba, sino galán joven diciendo ternezas á su dama. Y no le bastaba con esta representación vulgar continua y constante; había menester el público de veras, el teatro de veras, la escena de veras, la expectación de veras, el aplauso de veras. Así, decretóse á sí mismo el cargo de primer actor en la tierra. Mas como un actor primero supone segundos actores, designó para las segundas partes á los patricios cuyos nombres le fueron en mientes. Y teniendo actores de su rango y á su nivel, necesitó coros que les acompañaran, é inscribió en la orden de coristas á casi toda la orden de caballeros. Matronas y patricios pasaron de las listas donde constaban sus servicios antiguos y sus combates históricos á las listas donde constaban los nombres ilustres que debían mentar en escena y las hazañas embusteras que habían de representar con la debida naturalidad, sonrientes, conformes, ufanos, como si no sintieran la degradación en que caían. Mas no bastaba con esto; una compañía de cómicos necesita otra compañía de alabarderos. Un comediante de oficio debe ir seguido de un aplaudidor de oficio. Creó así un ejército destinado á dar la señal de los aplausos; y distribuyó tal ejército en categorías de grupos, dotadas con sus correspondientes capitanes, pagados del tesoro imperial, como si fueran los únicos pretorianos indispensables en aquella disolución que abajo trajera la tiranía de arriba. Los que llevaban las consignas del sugerido entusiasmo; los que debían dar las señales del aplauso fragoroso; los que imponían silencio; los que colocaban cada grupo en el sitio y lugar convenientes, según el juicio de Ne-

rón, ejercían unas dignidades tan altas y desempeñaban unos cargos tan útiles y necesarios á todo el mundo romano, que precisaba guardarles consideraciones múltiples y pagarlos con crecidas y cuantiosas sumas. Y discurrido todo esto, al par que practicado, cuando no acababa casi de discurrirlo, introdujo en los espectáculos una innovación, la cual aún dura, y que á nadie antes de Nerón se le había ocurrido: el espectáculo de noche. Teatro griego, juegos olímpicos, carreras de caballos, actitudes y luchas de atletas, competencias del circo, matanzas del anfiteatro, combates navales en las naumaquias, todo espectáculo conocido se había celebrado hasta entonces de día y en plena luz. Inventó Nerón el espectáculo de noche, comprendiendo en sus intuiciones artísticas cómo el silencio y el misterio nocturnos, al par que la luz artificial, aumentan los encantos y los prestigios del arte, así como dan al artista un vago tinte de poesía no asequible á la plena luz diurna, enemiga de la simulación y del embuste. Así fué introduciendo poco á poco algunas otras novedades, como absorto y sumido en la obra y empeño de convertir el mundo romano en un gran público y la Ciudad Eterna en un gran escenario. Mas entre tantas novedades, la que más embargó los ánimos y subvirtió la opinión, moviendo prosélitos innumerables en contra suya, fué la célebre de llamar á la escena los patricios y los caballeros, convirtiendo aquellas familias de tradicionales héroes, fundadas para defender y salvar á Roma, en familias de histriones, convertidas á divertirla con gracias y payasadas y títeres. Los que habían sido héroes de verdad, trocados en héroes de mentirijillas; los que se asentaban en las sedes curules del Senado, reunidos sobre los tablonés del escenario; los que llevaran bajo las aras amarrados pueblos á sus espaldas, llevando ahora cómicos, bufones, juglares, enanos y siervos. ¡Qué vergüenza! ¡Qué horrible vergüenza! Así no es mucho que departieran varios nobles en los términos siguientes:

— ¡Cómo! — decía uno de los Fabios. — Yo, descendiente del hombre que resucitó el culto á los auspicios, y restauró la vieja religión romana y el viejo heroísmo, hasta contrastar con su prudencia y reflexión las cóleras africanas de Aníbal, ¿voy á manchar tanta gloria tapando mi cara con mascarones, mi cuerpo con disfraces, mis timbres con vilezas? No, no, no: antes me suicido.

— Yo soy un Camilo — decía otro. — En la ciudad misma, donde mi abuelo entró vencedor sobre carro de cuadriga, no puedo estar yo dando saltos y haciendo muecas como un mono. Los Fulvios alzaríanse airados de sus mausoleos en las vías romanas á maldecirme y condenarme. Bajo tal afrenta caería yo allende los lugares ocupados por los míseros gladiadores que ceden á la fuerza y al cabo expiran combatiendo. Un descendiente del vencedor de Breno jamás se convertirá en cómico del farsante Nerón. Después de haber exterminado á los galos en las batallas, no es cosa de divertir á los galos en las pantomimas.

— Yo soy de los Catones, y tengo la espada que mi progenitor se clavó en el vientre, con la resolución de clavármela en el corazón antes de sonrojar sus manes en el mundo mejor donde habrá recibido la recompensa de sus honrosos servicios y la compensación de su personal holocausto, cuando pasó de la vida después de haber leído los diálogos platónicos sobre nuestro espíritu y su inmortalidad.

— Donde ahora quieren hacernos representar farsas — decía otro, — el héroe cuyo nombre inmortal llevo y de cuya sangre vivo, Paulo Emilio, trajo tras su carro de triunfo al rey de Macedonia, Perseo, después de haber incorporado el territorio donde Alejandro naciera á la Ciudad Eterna. Los macedonios, vencidos hace doscientos años por el Paulo Emilio de aquella suprema hora, pueden venir, si les place, y tomando asiento en las gradas del teatro silbar al Paulo Emilio de hoy.

— Roma está compuesta de pueblos y más pueblos extraños — decían otros, — que vienen á recoger el jugo de nuestra campiña en sus venas y los átomos de nuestro Foro en sus huesos. ¿Cómo reirán los cartagineses que un Escipión, lejos de castigarlos por su odio á la ciudad, los recree y los divierta? Al conquistador del Epiro podrán los epirotas darle con un troncho en la cara y los asiáticos burlarse de un Lucio que les arrancó la tierra bajo los pies. No puede ser esto. Cuando nos reunamos en el teatro, saquemos las espadas deshonorosas que llevaremos allí al cinto, y hundámoslas en el corazón de quien así nos envilece. Más vale que nos mate.

No hubo remedio. El patriciado debía llegar á esa indignidad

por no haber sabido conservar sus tradicionales derechos. Desde senadores tenían que caer en payasos, pues consintieron se hiciera del Senado un escenario. La cohorte de jóvenes destinados al aplauso llegó á organizarse con una disciplina que no habían tenido nunca los ejércitos. Hasta los estoicos llegaron á histriones. El nombre sagrado de Augusto sirvió á honrar esta cohorte de jóvenes estipendiados para el aplauso: llamáronse augustales. Ya no hubo más que cómicos en la juventud romana. Una parte representaba en los tablados y otra aparte aplaudía en los asientos. Las fiestas juvenales ideadas para celebrar las barbas de Nerón y divertir á la juventud extendiéronse y duraron por meses de meses. Ilumináronse los bosques de César con tal profusión, que parecían sus ramajes cargados con una lluvia de luminosas estrellas; la nauquía de Augusto renovó sus aguas varias veces y soportó naves y más naves, así áureas como argéneas, que llevaban festines y orquestas flotantes; danzaron innumerables grupos de bailarines; corrieron desnudos helénicos atletas; recitáronse versos hasta la saciedad y hasta el cansancio tragedias. Entonces por vez primera se vió lo que nunca se viera ni aun se soñara en los tiempos antiguos: un emperador que tañía la cítara, que cantaba composiciones músicas, que decía monólogos trágicos, cual esclavo recién venido de Atenas para divertir los ocios del pueblo rey. Todos los signos de la soberanía ostentados antes en las basílicas para juzgar, en el Palatino para dirigir á los pueblos y gobernarles, en la curia para coasociarse á los senadores y con ellos escribir las leyes, en el campo y en el campamento para pelear y vencer, aparecieron ahora en las tablas ajustados á ellos por un emperador empañadísimo en que las cohortes del Pretorio debían llegar á ignominiosos alabarderos de teatro, el patriciado á compañía de cómicos, los ministros á directores de escena, los políticos á tramoyistas, los jóvenes á bailarines, las damas y matronas á verdaderas actrices, el imperio á una farsa continua y la humanidad á una gran farsante. Séneca tenía que dar la señal de los aplausos agitando su toga; Lucano que convertirse por necesidad en apuntador de versos no hechos por él; este magistrado que recitar cualquier monólogo ridículo después de haber leído una sentencia desde su sede; el patricio más ilustre que llevar en sus brazos el mono favorito de

Nerón; la matrona más augusta que permitir le clavasen un puñal de palo en el pecho por hacer de Clitemnestra sobre las tablas; tal general que montarse caballero en un elefante adiestrado á bailar sobre una cuerda floja: no han visto ni volverán á ver los nacidos mayor degradación. Como se necesitaba extender máculas sobre todos y sobre todo, celebró Nerón una feria, distribuyendo entre las aristocracias los papeles de mercaderes ó feriantes, y dió dinero al pueblo para que chalanease con ellos: cosas ante las cuales el antiguo patriciado se tapaba su rostro y se ponía fuera de sí, preguntando á los cielos para qué ocasión guardaban sus cóleras y sus rayos. Mas Nerón se disculpaba observando cómo no regía en su tiempo el despotismo imperante bajo Tiberio y Calígula y Augusto mismo, celosos de su autoridad y en la conservación del poder imperiosísimos, amenazando y aun persiguiendo á cuantos decían una gracia contra ellos en periódicos y libelos, mientras él permitía que le ridiculizaran en público y aun en privado, que le rompiesen una costilla por las noches cuando se disfrazaba en compañía de sus cortesanos y de sus libertos para correrla por calles y plazas, no quedándole más medio de corregir los desórdenes consiguientes á la libertad por él concedida como un viejo tributo y rayana con la violencia, que divertir al pueblo en espectáculos; pues tres millones de hombres libres no se refrenaban de ningún modo con diez mil hombres de ejército, y debía tenerlos sometidos por los sobrenaturales milagros y la mágica fuerza del arte.

Veamos al actor Nerón en el momento de su plenísimo desarrollo. La cabeza gorda, el testuz fuerte, la piel diáfana, los ojos azules, el cuello gordo, la vista corta, el vientre grande, los labios como un hocico, los dientes como de roedor, las extremidades finas; por el estudio y el afeite alcanza cuerpo y temperamento de artista, los cuales dan á sus demencias aparato de inspiración y á sus actitudes apariencia de simulacro antiguo y estatua perfecta. Tenía la piel un poco maculada por razón de los muchos botones rosáceos que le habían salido, por lo cual creyeronle los antiguos incapacitado de prevalecer en magia, prohibida por los dioses á quienes ofrecen tal clase y manera de cutis. Pocos hombres han cambiado de la suerte que cambiara Nerón, pues el transcurso de los tiempos y el desarrollo de la vida parecían cambiarle de alma

y cuerpo según las circunstancias le determinaban á estas ó las otras acciones y el medio ambiente influía sobre su voluntad y su inteligencia con poderoso influjo. Desde un candor infantil y de idilio en los primeros años, pasó al aspecto de nefasto esbirro y de implacable verdugo que mostró en los postreros. Aunque de voz ronca y de poco dúctil garganta, con cuidarse tanto llegó á sacar sonidos dulces y melodiosos á su pecho, fácil á uno de los mayores y más eficaces resortes artísticos, la emoción, muy sentida y duradera. Lo mismo le sucedía cuando declamaba. La naturaleza no se gozara en dotarlo de grandes cualidades. Cuando á un sumo esfuerzo arrestábase hasta ponerse sobre las puntas de sus pies y alargar con violencia los brazos, caía en ridículo y soltaba desafiamientos desagradables y desacordados; pero algunas veces relampagueaba una idea en su cerebro y trinaba su voz en el teatro como si estuviera en el Olimpo. No puede negarse que nunca se le pasara por la cabeza echárselas de tañedor y cómico, si en sus facultades propias no hubiese habido un fundamento sólido en que fundar estas increíbles aspiraciones íntimas. Andaba con mucha solemnidad por consejo y enseñanza de su madre Agripina; y el que llegase á revolcarse como un cerdo en las inmundicias de todos los vicios, no impedía de ningún modo presentarse como un dios en las aras; el que hiciese gestos como un bufón y diera saltos como un titiritero, no le impedía tomar en el Senado aires de patricio y en el campo majestad de general. A sus instintos de hiena sumaba utopías de humanitario, mezclando las más viles sensualidades con los más puros pensamientos, como se mezclaban en sus orgías la sangre con el vino. En su ánimo privaba sobre todo la imitación de Grecia. Y privando sobre todo tal imitación, estableció juegos quinquenales imitados de los griegos. Y eran dramáticos, artísticos, gimnásticos, donde si éstos cabalgaban desnudos sobre caballos en pelo; si otros dirigían carros con celeridad y arranque de centellas; si muchos se reunían en coros que cantaban y en orquestas que tañían melodiosamente, no pocos recitaban versos de los primeros poetas ó decían discursos inspirados en los grandes principios de la moral y de la ciencia. Era de ver un gimnasio en que los pinceles y los buriles se movían á guisa de instrumentos que componen concertadas orquestas, y

las fábulas atelanas reunían los primeros bufones de la ciudad contando chascarrillos ó diciendo gracias, y los titiriteros ponían en escena pantomimas que caricaturaban los primeros actos de la romana historia, y los poetas recitaban versos encaminados á mantener las grandezas del siglo de Augusto, y los retóricos dilucidaban temas de arengas elocuentes al modo antiguo, y los filósofos discurrían sobre la inmortalidad del alma como si estuvieran asentados al banquete de Platón, bajo los plátanos del Pireo, al borde luminoso del mar Jonio, á la espléndida vista del Hiblea y del Himeto.

Además estos tiempos eran los tiempos de las grandes lecturas públicas. No sucedía en ellos lo sucedido en otras ocasiones, cuando las gentes iban á tales fiestas del espíritu con extraordinaria lentitud y se largaban muy de prisa. Los dos césares, Claudio y Nerón, las habían fomentado, y frecuentábanlas por hábito, cuando no por gusto, los romanos. Cuéntase de Claudio que, como anduviese á su sabor y á su gusto por casa muy contento del reposo y muy separado del bullicio, al comenzar un esperezo, oyó largo aplauso, y preguntado su liberto á qué y á quién se dirigía, le respondió éste que á solemne lectura de poeta, se marchó con la mayor diligencia para escuchar y saborear los versos. Tres poetas principalmente privaban entonces: Lucano, Persio y Nerón mismo. El primero cantaba la República y sus instituciones con una profundidad de pensamiento y una franqueza de palabra, cuyo imperio parecía imposible después que habían las proscripciones diezmando á los republicanos y sido la República reemplazada por los cinco emperadores consecutivos que se hubieran presentado al pueblo romano cual si fueran el número y la medida de todos, los míticos y representantes del cielo. Parece imposible que bajo la cuchilla del terror, junto á los patíbulos donde habían perecido innumerables mártires del derecho, sobre un suelo ajustado de suyo al despotismo y que despedía con desusado rigor la libertad que se recobra tarde cuando de veras se pierde, pudieran todavía oírse acentos de libertad tan robustos y expansiones tan extrañas del alma, fiel al culto y religión de la República. Oigamos para convencernos lo que leía Lucano en presencia misma de Nerón. Pues á no estar por la Historia certificado, nos parecería imposi-

ble. Pintaba el gran poeta cordobés á Bruto yendo en pos de Catón, y así decía:

— El terror no amedrentara, no, el alma de Bruto. Este ilustre republicano jamás pertenecerá de suyo á los que lloran ó callan. Entre sus virtudes no está la conformidad con los implacables decretos de un destino cruel y mucho menos la resignación al infortunio de la querida libertad. Y aunque pudiera vacilar bajo el peso de la desgracia, no podía caer teniendo cerca el apoyo de Catón. El mundo se desgarraba en sacudimientos epilépticos, pero la paz lucía en el alma de Bruto, porque cuanto mayor fuera la desgracia, más resaltaba el culto á quien, como Roma, no lo merecía. Mientras las facciones en guerra tomaban para sí los instrumentos de matanza y los esgrimían sosteniendo tan sólo su propio interés parcial, Bruto sólo ponía sus ojos en la República. La idea suya brillaba sobre las pasiones, como sobre las tempestades del cielo.

— Quieren gobernarnos — decía Persio más franco aún que Lucano, y cogiendo el toro por los cuernos, — quieren gobernarnos discípulos y sucesores de Pericles. La experiencia sin duda le ha salido antes que la barba. Pero no ha llegado á disuadirles de creer verdadero todo lo erróneo que piensan y bueno todo lo malo que hacen. Llevan en sus manos la balanza del derecho; pero la inclinan con arte adonde les pide su gusto con imperio. Créense grandes porque se lo llama una plebe adulatora, y tienen del pavo real su cola ufana con su grito estridente. Ocultan sus úlceras bajo sus brillantes, y con una venda de oro creen curar la gangrena de un verdadero cáncer. Nadie sabe descender al fondo y al secreto donde se halla la ciencia de cada hombre. Cantan ciertos genios que se creen predilectos de los dioses, y dicen ineptias con el mismo conocimiento de lo dicho que la corneja de sus voces. Yo no hincharé los carrillos para decir vulgaridades. Yo quiero ser libre, y busco mi libertad en el desprecio á todos los fútiles intereses y en el desasimiento de todas las exaltadas pasiones.

Quando Persio acabó de verter tales ideas mortíferas, veía todo el mundo que le aleteaba la muerte sobre las sienes. Únicamente á edad tan tierna como la suya entonces, pues no había cumplido treinta años, se concibe un valor tan temerario ante la tiranía y el

tirano. Cuando la sangre juvenil hierve ardorosa en las venas vírgenes de toda mácula, el horizonte de la vida se torna incommensurable por su extensión y se inunda con luz tan suave como la esperanza. En los ardores de una vida moza el hielo de la muerte se derretirá sin remedio. Persio se reía de Nerón porque aguardaba, como los jóvenes más exaltados de su tiempo, encontrar en la muerte una honra y una libertad que no podía ofrecerle de modo alguno la vida. Casto, la voluptuosidad no lo debilitaba, entregándole al arbitrio del opresor en su flaqueza. Bajo tales ideas, el verso que había leído lo lanzaba más con el deseo de un pronto castigo que con la esperanza de un rehusado premio. No se dió Nerón por entendido. Gustábale dejar esa libertad para decir al mundo que su imperio tenía por asiento la base misma del mundo y por solio la cabellera misma del sol, no pudiendo conmoverlo el retórico malhumor y la ridícula sátira de un poeta. Y así, cuando todos pensaban que iba con furor á descargar el rayo de su cólera sobre la frente de Persio, se arrancó por la misericordia y se puso á recitar versos, en la seguridad completa de vencer y eclipsar á sus dos competidores.

— Yo voy á cantar el Universo — dijo Neron, recitando unos versos que daba por suyos y habían parido varios poetas. — Semejante como soy á los dioses, apenas llegan hasta mí las voces de los hombres. Gustando en las inaccesibles cumbres de mi Olimpo una felicidad y una paz perpetuas, no me curo, mortales, de vuestras desgracias y de vuestras discordias. Así, exento de todos los dolores, superior á todas las competencias, fuerte con mi propia voluntad y mi propio derecho, como no tengo necesidad alguna de los hombres, ni me conmueven sus virtudes, ni me importan sus vicios. Las supersticiones engendradas por el culto á la República llegan hasta mi propio corazón y dictan palabras inflamadísimas á mis labios. ¡Es tan hermoso el culto á una institución muerta! Sugiere una serie tal de pensamientos elocuentísimos la República y su infortunio, que oradores y poetas, cual nosotros, no debemos privarnos por un poco de respeto mayor ó menor al imperio del estro que nos traen todas esas remembranzas y del rastro luminoso que dejan como estela inextinguible y sacra en el espacio. Sucede con la religión política lo mismo que sucede con el resto de las religio-

nes; lo más gustoso en ellas es lo peor que tienen: las supersticiones y las magias. Pero estas supersticiones son hermosas, deben predominar, porque sólo hay un elemento perdurable aquí en el Universo, la hermosura. Ella resplandece con vivo resplandor, así en el verso como en el astro; ella concierta las gargantas de los ruiseñores y las cítaras de los poetas; ella matiza el iris en las nubes, é irisa los matices en el cuadro; ella saca del tono grave y agudo combinados las armonías, como de las contradicciones que combaten dentro de nosotros mismos, las tragedias; ella es la divinidad inefable, de quien han sido como sacerdotes cuantos algo han amado y sentido en el mundo, cuantos han puesto alguna hoja de laurel en sus sienes, cuantos han escrito un nombre glorioso en los bronces de la inmortalidad. Cantemos la hermosura, y amémosla y abracémosla y besémosla, forma de la forma, melodía de la melodía, color de los colores, diosa de las diosas, en un deliquio sin fin, hasta consumirnos y aniquilarnos en sus ardientes senos, porque muertos á la consunción en el placer producido por su contacto, aún habremos de renacer por la vitalidad que á los cadáveres prestan su luz y su calor divinos, en los cuales eternamente se alimentará y se conservará toda la creación.

En cuanto Nerón dijo todas estas cosas, un aplauso inmenso llenó la atmósfera de todo el amplio lugar donde las decía. Tras el aplauso fragoroso y de tempestad, subsiguiente al religioso y profundo silencio con que aquellas palabras fueron oídas, resonó un coro de vítores que no parecían realmente fingidos, que parecían desahogo de un alma colectiva, presa de un entusiasmo sin límites. Todas las letanías de apellidos y apodos aplicadas por los pueblos antiguos al dios de la poesía y de la música, todas cayeron como una granizada de perlas sobre Nerón extático y arrobado en la enajenación connatural á un triunfo tan espontáneamente concedido á su genio sin segundo. Por mucha posesión de sí mismo que tuviera, cuando todos los labios le adulaban, cuando todas las espaldas le servían de puente para ir desde un lado á otro lado en la vida, cuando se levantaban templos á su divinidad y se constituían sacerdocios para prestarle culto, hallábase virtualmente contenido en la naturaleza íntima de todos los hechos y de todas las cosas, que quien topaba en el mundo con todos estos lauros y homena-

jes les creyese merecidos y los tomase como naturales tributos á un genio radiante y luminoso cual el sol mismo. Amén de todo esto, la gente les volvía las espaldas á los dos verdaderos poetas, á Persio y á Lucano, proclamando ante dos seres tan susceptibles y nerviosos que César no podía pasar por un poeta, precisaba elevarlo á dios de la poesía.



CAPITULO XVIII

FARSAS IMPERIALES

Nerón creía que olvidaba el pueblo fácilmente la muerta libertad, si le doraban de algún modo las cadenas, y después de muy doradas éstas, si le divertían y agasajaban en públicos festejos. Y no iba descaminado. Imposible recluir los ciudadanos meridionales en sus respectivos hogares, como á los ciudadanos del Norte. Y teniendo que salir aquéllos á plazas y calles, imposible impedirles una continua comunicación al aire libre y en los habituales sitios de reunión y asamblea, sin que adquirieran fuerza y poder por su propia indeliberada é inevitable unión, mientras que los divertía el espectáculo múltiple de los anfiteatros y circos, donde fácilmente se declaraban contra su tirano, y los congregaba donde sólo tenían atención y tiempo y espacio para sus placeres, que apartaban su alma de las cosas públicas y comprometían sus corazones y los obligaban con arte al agradecimiento popular indispensable para oprimir así á los nobles como á los caballeros y para contrastar así el comicio como el Senado. Con tener los graneros llenos de pan y las jaulas de alimañas, refase Nerón á más y mejor, así del recuerdo de la república como del severo y criticón estoicismo, en que andaban metidos los filósofos, aun los más adictos, como Séneca, para desagradarle y combatirle. Así cuando veía Nerón un bailarín, creía ver los pies de su propio imperio; cuando veía un atleta,